

## ESPEJO DE PACIENCIA

Canto Primero

### ARGUMENTO

El Capitán Gilberto Girón, francés, Señor de la Ponfiera, llega con una gruesa nao a Manzanillo, puerto y jurisdicción del Bayamo; y teniendo noticia que el Maestro Don Fray Juan de las Cabezas, Altamirano, Obispo de esta Isla de Cuba, está en el hato de Yara, salta en tierra con veinte y seis soldados y caminando de noche, prende al Obispo y al Canónigo Puebla, y los trae presos a su nao, donde rescatan al Obispo por cueros y dinero, y le dan libertad.

Canten los unos el terror y espanto  
que causó en Troya el Paladión preñado:  
Celebren otros la prisión y el llanto  
De Angélica y el Orco enamorado:  
Que yo en mis versos sólo escribo y canto  
La prisión de un Obispo consagrado:  
Tan justo, tan benévolo y tan quisto  
Que debe ser el sucesor de Cristo.

Don Juan Cabezas es Altamirano,  
A quien el cielo con amor se inclina  
Y hace que le confíe el soberano  
La mitra episcopal de Fernandina:  
Al cual un atrevido luterano  
Temerario y osado determina  
Prender, de su codicia apasionado;  
Que nacen muchos males de un pecado.

De este prelado ilustre la paciencia  
Con que pasó tan áspero suplicio,  
La humildad, sufrimiento y obediencia  
Con que se daba a Dios en sacrificio,

.....  
.....  
He de cantar si no es atrevimiento  
Subir tan alto con tan bajo acento.

De amor diré las grandes maravillas  
Que obró en el pecho de este Obispo santo;  
Pues por sus enemigos de rodillas  
Rogaba a Dios con lágrimas y llanto.  
Sus trabajos, angustias y mancillas  
Serán adorno de mi débil canto:  
Que tanto es mayor lástima el agravio  
Cuanto el paciente principal o sabio.

Las armas cantaré con que la ofensa  
Dio al ofensor la pena merecida;  
Justo castigo de la mano inmensa  
A una maldad tan grande y atrevida:  
Que el gran Señor que todo lo dispensa  
Y a todos con su gloria nos convida,  
Si disimula como padre amigo,  
Como severo juez nos da el castigo.

También diré el valor y valentía  
De veinte y cuatro milites monteros,  
Que con agilidad y bizarría  
Mostraron contra Francia sus aceros,  
Y desnudos de escudos en un día  
Dieron la muerte a veinte y seis guerreros,  
Y un capitán ilustre, grande hombre,  
Que Gilberto Girón había por nombre.

Gregorio Ramos es de quien escribe  
Esta hazaña tan digna de memoria,  
Cuyo grande valor y pecho altivo  
Es digno siempre de alabanza y gloria:  
Porque su fuerte brazo vengativo  
Alcanzó en Manzanillo una victoria  
Tan alta, tan famosa y señalada  
Cuanto la causa fue justificada.

Cesen en Dido, basten en Priamo  
De sus ojos la líquida corriente,  
Que nuestra Troya es hoy el Bayamo,  
Humeando a impulsos de traición ardiente.  
A los más afligidos cito y llamo,  
Y hallarán en sus penas el ambiente  
De un Obispo atribulado y santo,  
Con que es preciso mitigar el llanto.

Tiene el tercer Filipo, Rey de España,  
La ínsula de Cuba o Fernandina  
En estas Indias que el Océano baña,  
Rica de perlas y de plata fina.

Aquí del Anglia, Flandes y Bretaña  
A tomar vienen puerto en su marina  
Muchos navíos a trocar por cueros  
Sedas y paños y a llevar dineros.

Surgen aquestas naos a una playa  
Que tiene al Sur, llamada Manzanilla,

Donde Eufrosina, Erato, Clio y Aglaya  
Algún tiempo tuvieron cierto y silla.  
Mientras duró este trato dio de Acaya  
Un mal olor que inficionó su orilla;  
Y hay desde ella al Bayamo, villa sana,  
Diez leguas y una más, por tierra llana.

Estaba a esta sazón el buen prelado  
En esta ilustre villa generosa,  
Abundante de frutas y ganado,  
Por sus flores alegres y deleitosa.  
Era en el mes de abril, cuando ya el prado  
Se esmalta con el lirio y con la rosa,  
Y están Favonio y Flora en su teatro;  
Año de mil y un seis con cero y cuatro.

Tocan al arma, disparan arcabuces,  
Apellidando a Jorge su abogado,  
Y como fue el asalto entre dos luces,  
No hay quien no esté afligido y espantado.  
Comienza el buen Obispo a hacerse cruces,  
Atónito del caso no pensado.  
Oh Dios que diste ciencia a Salomón,  
¿Quién se podrá librar de tal traición?

Matan dos hombres que durmiendo estaban:  
Golpean y hieren con gallardos bríos;  
Y al riguroso estruendo que formaban  
La gente recordó de los bujíos;  
Pero como del sueño despertaban,  
Quedaron tan mortales y tan fríos  
Cual si fueran de mármol o de canto,  
Que el primer movimiento causa espanto.

Cual el pastor, después de anochecido,  
Habiendo antes juntado su ganado,  
Del dulce sueño queda sorprendido  
Y da reposo al cuerpo fatigado,  
Y llega el lobo con furor crecido,  
Y hallando aquel aprisco descuidado  
En él hace mortal carnicería  
Sin que lo sienta hasta que llega el día:

Así nuestro pastor, cuando su gente  
Tuvo en aquel asiento recogida,  
Al blando sueño dio lugar decente,  
Después que a Dios encomendó su vida:  
Cuando el lobo Gilberto de repente

Dio en la pobre manada que dormida  
Estaba, descuidado el pastor santo  
Del repentino caso y nuevo espanto.

O, cual en la Canaria en apañadas  
Acechan cabras ágiles cabreros,  
Que en los riscos están y en las aguadas  
Despuntando la grama en sus oteros;  
Y estando así paciendo descuidadas  
Dan de repente en ellas los monteros,  
Y con el sobresalto que allí influyen,  
Unas quedan paradas y otras huyen:

Así quedaron en la triste Yara  
Los que durmiendo estaban descuidados;  
Que despertando con zozobra rara,  
Se vieron de enemigos rodeados.  
Unos huyeron la fortuna avara;  
Otros quedaron casi desmayados:

Que el repentino estruendo y agonía  
Recogió al corazón la sangre fría.

Pero después que las pasadas penas  
Dieron lugar al racional sentido,  
Volvió la sangre a solidar las venas,  
Y el corazón cobró el calor perdido;  
Y pretendiendo allí con trazas buenas  
Ponerse a la defensa el ofendido,  
Dejóse luego tan honroso nombre;  
Que tarde al bien se determina el hombre.

A todo este alboroto y vocería  
De esta gente sacrílega y malvada,  
Nuestro ilustre pontífice dormía,  
Que casi dello nunca sintió nada:  
Pero luego acudió la infantería  
Con diligencia presta y mano armada,  
Cercándole la casa por los lados,  
Donde él y Puebla estaban descuidados.

Cuando del dulce sueño despertando,  
Siendo su daño cerca allí consigo,  
Y vido que le estaba amenazando  
El herético, vil, falso enemigo,  
Con grande mansedumbre y amor blando  
Juzgó que era de Dios este castigo:  
Y así de allí adelante al tiempo malo

Lo tuvo por amplísimo regalo.

Y viéndose desnudo en mal tan cierto,  
Los gritos, el tropel, las vocerías,  
Salió con una sábana cubierto,  
Corno aquél que echó a huir cuando el Mesías  
y mandándole, a voces don Gilberto  
Que se rindiese al fin sin más porfías,  
Se dio a prisión, sin duda el peor estado  
A que puede llegar un hombre honrado.

Lo misino sucedió a Francisco Puebla,  
Canónigo de Cuba, justo y bueno;  
Y aun notando que el hato se despuebla,  
Más siente su trabajo que el ajeno.  
El aire y cielo con sus ayes puebla  
Viendo de sus desdichas el estreno;  
Que es necesaria cuando así es contraria  
De Dios una paciencia extraordinaria.

Ahora es tiempo que me vayas dando,  
Musa, una vena muy copiosa y larga,  
Para que pueda celebrar llorando  
Del buen Obispo la prisión amarga.  
No se hubo dado a las prisiones, cuando  
Aquella gente de conciencia larga,  
Las manos maniató al Pastor doliente,  
y él las cruzó., por ser más obediente.

Quieren decir algunos que vendido  
Fue, como el buen Jesús, amada prenda;  
Que donde es el virtuoso conocido,  
No ha de faltar un Judas que le venda;  
También lo fue Josef y perseguido  
De sus hermanos con mortal contienda.  
Después se vido con alteza y gloria,  
Que casi fue figura de esta historia.

Los que os quejais de la fortuna avara  
Por cualquiera mediano movimiento,  
Los que mostrais en público en la cara  
Lo mucho que sentis un descontento,  
Vení al hato tristísimo de Yara:  
Vereis de un temerario atrevimiento  
Atadas con mil nudos apretados  
Las manos que desatan los pecados.

¿Qué te quejas de amor, curioso amante,

Si tan pronto no logras tu deseo?  
¿Qué estás llorando, triste mercadante,  
Porque no te salió bien el empleo?  
¿Y tú, soldado altivo y arrogante,  
Que tienes la soberbia por trofeo?  
Juntaos para ver a este prelado  
A pie, descalzo, al sol y destocado.

De esta manera le llevaron preso,  
Cual si fuera culpado delincuente;  
Y jugando con él al poco seso,  
No faltó quien le diese a manteniente.  
Cansado iban el Pastor; mas no por eso  
A piedad se movió la mala gente;  
Que un obstinado corazón sin freno  
Pocas veces se inclina a lo que es bueno.

Pues viendo los heréticos sayones  
Que descansando el paso recobraba,  
El capitán le dio dos encontrones  
Con un arma de fuego que llevaba.  
De esta manera fue entre los ladrones,  
Y con esta congoja caminaba,  
Tan fatigado y triste que pudiera  
Mover a compasión a cualquier fiera.

Estaba el buen Obispo tan cansado  
Que dar no puede pasos adelante;  
Y viendo en el camino puesta a un lado  
La cruz con que Jesús salió triunfante,  
Al pie de ella se puso arrodillado,  
Y con contrito corazón constante,  
Mientras que le dejó la gente fiera,  
A hablarle comenzó de esta manera.

"Oh cruz divina, umbrosa, donde quiso  
Morir mi Dios para que yo viviese;  
Llave que el cielo abrió y al paraíso,  
Consuelo del cuitado que padece;  
Pues tanto bien en ti mi Dios nos hizo  
Y permitió su amor que aquí te viese,  
Merezca en mi favor ver lo que obras;  
Que el verdadero amor se ve en las obras.

"Eterno Dios, que al Santo Daniel  
Libraste del furor de los leones,  
Y a Ananías, Ozania y Misael  
Del fuego en que se vieron en prisiones,

Y a tu querido pueblo de Israel  
De egipcios le libraste y faraones,

Líbrame, buen Jesús, de estas zozobras  
Que el verdadero amor se ve en las obras.

"Y como a Paulo de la mar libraste  
Y a Pedro, mi pastor, de la cadena,  
Y a Loth, pues de Sodoma le sacaste,  
Y al profeta Jonás de la ballena,  
Te pido por las penas que pasaste  
Me libres hoy de esta prisión y pena,  
Pues un pastor para tu iglesia cobras,  
Que el verdadero amor se ve en las obras."

"Pero si tu piedad quiere y consiente  
Que tenga esta prisión por beneficio,  
A todo estoy sujeto y obediente  
Y como Isaac humilde al sacrificio.  
Mas acordaos, Señor, que estoy ausente  
De la Iglesia, mi esposa, y que mi oficio  
Es enmendar, cual veis, faltas y sobras;  
Y el verdadero amor se ve en las obras."

No hubo dicho bien la oración breve,  
Cuando el hereje, pérfido maldito,  
Comenzó a maltratar con mano aleve  
El rostro humilde del Pastor bendito  
Mas quien en Dios se fía y en El se atreve,  
Comenzó a predicarles lo que escrito  
Nos dejaron los cuatro del Consejo  
Que de la Ley de gracia son espejo.

Iba el Pastor tan falto de resuello  
Que dar paso adelante no podía;

Ligadas ambas manos con el cuello,  
Que a gran dolor y lástima movía:  
Mas el divino Dios, echando el sello  
De su misericordia, el mismo día  
Dio traza como allí se le trajese  
Un caballo en que el príncipe subiese.

Ese le trajo allí Juan de Sifuentes;  
Que como supo el caso repentino,  
Tomó la posta en busca de estas gentes  
Por socorrer al príncipe benigno.,  
Y con los ojos tristes hechos fuentes,  
Alcanzándole en medio del camino,

El caballo le dio donde el prelado  
Subió afligido, triste y fatigado.

Y tomando las riendas en la mano  
De diestro lleva al príncipe llorando,  
Y con gran libertad al luterano  
Le reprende un caso tan infando.  
Mostró Sifuentes como buen cristiano  
Su generoso pecho y amor blando,  
y ser en su valor entre estas gentes  
Hijo de Juan Rodríguez de Sifuentes.

Pero la vil canalla, cuando vieron  
Puesto a caballo al príncipe cristiano,  
Un francés a las ancas le subieron  
Porque no se les fuese de la mano.  
De esta manera caminando fueron.  
Hasta poner el pie en el Océano,

Que se embarcaron todos en la orilla  
Que forma en sus arenas Manzanilla.

Embravecióse el mar en aquel punto  
Como sentido de la humana afrenta,  
Y con el viento hizo contrapunto,  
Tan triste como suele en gran tormenta.  
Todos mostraron el color difunto;  
Que el miedo de morir y dar la cuenta  
Hace mudar al hombre los intentos,  
Y mejora la vida y pensamientos.

Luego por todo el reino de Neptuno  
La fama publicó caso tan feo;  
El cual con Thetis, Palemón, Portuno,  
Glauco, Atamantes, Doris y Nereo  
Y las demás deidades de consuno,  
Pherco, Salacia, Brontes y Proteo,  
Las focas y nereidas en concierto  
Llegaron a la nave de Gilberto.

Y condolidas del Obispo santo,  
Le ofrecen su favor con mano armada:  
Mas él con la humildad que puede tanto,  
No quiso en su defensa aceptar nada;  
Antes con la oración mezclada en llanto,  
Aunque ve su persona maltratada,  
A su venganza misma pone freno.



¡Oh, cuánto puede la virtud del bueno!

Entre las naves que allí tomaron puerto  
Fue una de Pompilio el italiano;

El cual luego que supo el caso cierto  
Del ilustre Pastor Altamirano,  
Sentido del agravio y desconcierto,  
Como hombre principal y buen cristiano  
Fue a ver al buen Obispo, y de rodillas  
Bañó con grande pena sus mejillas.

Lo mismo Jaques hizo, su pariente,  
Con mucha devoción y cortesía,  
Que al fin aunque en la mar y entre ruin gente,  
Nunca esconderse pudo la hidalguía.  
Tratan de su rescate largamente,  
Y ofrécnle su hacienda y mercancía,  
Que aquél que tiene hidalgos pensamientos  
Con obras mide sus ofrecimientos.

.....  
.....

Sálenle a recibir con regocijo  
De aquellos montes por allí cercanos,  
Todos los semicapros del cortijo,  
Los sátiros, los faunos y silvanos.  
Unos le llaman padre y otros hijo;  
Y alegres, de rodillas, con sus manos  
Le ofrecen frutas con graciosos ritos,  
Guanábanas, gegiras y caimitos.

Vinieron de los pastos las napeas  
Y al hombro trae cada una un pisitaco  
Y entre cada tres de ellas dos bateas  
De flores olorosas de navaco.

De los prados que acercan las aldeas  
Vienen cargadas de mehí y tabaco,  
Mameyes, piñas, tunas y aguacates,  
Plátanos y Mamones y tomates.

Bajaron de los árboles en naguas  
Las bellas hamadriades hermosas  
Con frutas de siguapas y macaguas  
Y muchas pitajayas olorosas;  
De birijí cargadas y de jaguas  
Salieron de los bosques cuatro diosas,  
Dríadas de valor y fundamento

Que dieron al Pastor grande contento.

De arroyos y de ríos a gran prisa  
Salen náyades puras, cristalinas,  
Con mucho jaguará, dajao y lisa,  
Camarones, biajacas y guabinas:  
Y mostrando al pastor con gozo y risa  
De las agua mil cosas peregrinas,  
Se le ofrecieron y con gran prudencia  
Le hizo cada cual la reverencia.

Luego sin detenerse un punto apenas  
Vienen efedriades de las fuentes,  
Y con mil diferencias de verbenas  
Coronadas las sienes y las frentes,  
Esparcen por el aire las melenas  
Más que el oro de Arabia relucientes;  
Y con plática dulce y regalada  
Le dan el parabien de su llegada.

Luego de los estanques del contorno  
vienen las lumniades, tan hermosas  
Que casi en el donaire y rico adorno  
Quisieron parecer celestes diosas;  
Y por regaladísimo soborno  
Le traed al buen Obispo, entre otras cosas,  
De aquellas jicoteas de Masabo  
Que no las tengo y siempre las alabo.

Centauros y silvestres sagitarios  
Vienen saltando por el verde llano,  
Diciendo a gritos con acentos varios  
¡Viva nuestro pastor Altamirano!  
Mil géneros de caza extraordinarios  
Colgando traen del cinto y de la mano;  
Y en rudo frasis, cual mejor supieron,  
La bienvenida al buen Obispo dieron.

Las hermosas oréades dejando  
El gobierno de selvas y montañas,  
A Yara van alegres y cazando  
Como suelen diversas alimañas,  
Y viendo al santo príncipe, humillando  
Su condición y abiertas sus entrañas,  
Le ofrecieron con muchas cortesías  
Muchas iguanas, patos y jutias.

Después que la silvestre compañía

Hizo al Santo Pastor su acatamiento,  
Y cada cual le dio lo que traía  
Con amor, voluntad, gozo y contento,

Al son de una templada sinfonía,  
Flautas, zampoñas, y rabeles ciento,  
Delante del Pastor iban danzando,  
Mil mudanzas haciendo y vueltas dando.

Era cosa de ver las ninfas bellas  
Coronadas de varias laureolas.  
Y aquellos semicapros junto a ellas  
Haciendo diferentes cabriolas.  
Danzan con los centauros las más bellas  
Y otros de dos en dos cantan a solas;  
Suenan marugas, albogues, tamboriles,  
Tipinaguas y adufes ministriles.

De esta manera el príncipe cristiano  
Llegó de Yara al sitio deleitoso,  
A donde con la vista de aquel llano  
Dio al cuerpo fatigado algún reposo.  
Aquí le dejaremos libre y sano,  
En tanto que el buen Ramos, deseoso  
De vengar la prisión de su prelado,  
Recoge los monteros de aquel prado.

## **CANTO SEGUNDO**

### **ARGUMENTO**

El Capitán Gregorio Ramos junta veinte y cuatro hombres de los que halló en los hatos comarcanos a Yara, y con ellos va a Manzanillo, y vence en batalla campal al Capitán Gilberto Girón, francés, trae su cabeza al Bayamo.

Valientes caballeros que en Bretaña,  
Flandes, Italia y otras cien mil partes,  
En honra de Filipo, rey de España,  
Enarboláis banderas y estandartes;  
Los que en acometer cualquier hazaña  
Sois en el Nuevo Mundo muchos martes,  
A todos os convido a oír un canto  
Lleno de admiración, valor y espanto.

Atrás es dije ya cómo quedaba  
Libre el Obispo y en su domicilio,

A donde del rescate se trataba  
A que quedaron Jaques y Pompilio,  
El cual a toda prisa se entregaba  
A los de aquel herético concilio;  
Que no hay mayor dolor para un discreto  
Como deber a ruines sin respeto.

En tanto que la paga se hacía  
El buen Gregorio Ramos, de quien canto,  
En su discreto pecho proponía  
Vengar la injuria del Obispo santo;  
Y por no dilatar para otro día  
Esta hazaña que importaba tanto  
Dio parte de ella el valeroso hispano  
Al ilustre Pastor Altamirano.

Y ambos a dos y un principal vecino,  
Jácome Milanés, se resolvieron

De hacer una emboscada en el camino  
Con los amigos que juntar pudieron;  
Y Antonio de Tamayo se previno,  
Y en la entrada del monte se pusieron,  
Con orden que no deje, aunque dé el nombre,  
Pasar de Manzanillo a ningún hombre.

Y los tres, cada cual por su vereda,  
Partieron a los hatos comarcanos,  
A buscar entre matas y arboleda  
Quien tornase las armas en las manos:  
Y juntando de presto en una rueda  
Veinte y cuatro valientes insulanos,  
Digo, de aquellos que en el fértil prado  
Acometen al toro más picado;

Con esta valerosa compañía  
Parten a Yara, principal asiento,  
Donde llegaron al romper el día  
Cuando Timbreo deja su aposento.  
Aquí llenos de ardor y de alegría,  
Le declararon al Pastor su intento;  
Prometiéndole todos por muy cierto  
El traerle la cabeza de Gilberto.

El buen Obispo hizo sus protestos  
Con las solemnidades del derecho,  
Y que dejasen tales presupuestos  
Les rogó a todos con humilde pecho:

Mas ellos que animosos y dispuestos  
Estaban al heroico y alto hecho,  
No aceptan las razones de que usa;  
Que la resolución no admite excusa.

Luego el valiente Ramos deseoso  
De dar de su valor al mundo muestra,  
Con un gallardo espíritu brioso  
De sus pocos soldados hizo muestra.  
Iba delante el capitán famoso  
Con su espada en la cinta, y en la diestra  
Una lanza que cuasi competía  
Con la famosa de oro de Argalía.

Jácome Milanés que adonde quiera  
Pudiera parecer con su alabarda,  
Pasó y por morrión una montera  
De paño azul con una pluma parda.  
El bravo portugués Miguel de Herrera  
Con un gran botafogo y espingarda  
Pasó, mostrando como fuerte roble  
El valor grande de su estirpe noble.

Gonzalo que de Lagos y Mejía  
La fama ilustra y su valor sustenta,  
Pasó, con una punta que tenía  
Para librarse de cualquier afrenta;  
Y a su lado con él Martín García  
Con un chuzo escogido entre cincuenta,  
Con su pluma de gallo en el sombrero  
Más galán que Reinaldos ni Rujero.

Pasó Gaspar Mejía que las minas  
Descubrió en lo alto de la sierra,

Con una espada corta de las finas  
Que hizo Sagunto para astuta guerra.  
Con mil plumas de aves peregrinas  
Mostró su bizarría el buen Juan Guerra,  
Con un puñal, dorada la manzana,  
Y al hombro una valiente partesana.

De los Reyes Gaspar, el Narigudo,  
Pasó con una cota milanese,  
Y en el brazo derecho por escudo  
Un manatí, partida la cabeza.  
Luego Gaspar Rodríguez el membrudo  
Pasó con galán brío y gentileza,

Y gran machete en el cintón pendiente  
Que pudiera temerlo el más valiente.

Diego con Baltasar de Lorenzana  
Pasaron cada uno con su punta;  
Gallardos más que el sol por la mañana  
Cuando sale galán y agua barrunta.  
Pisando con furor la tierra llana  
Donde antes había estado en su yunta  
Pasó Pedro Vergara el de los grillos,  
Con su agujada al hombro y dos cuchillos.

Con arrogante talle pasó tieso  
Bartolomé Rodríguez el valiente,  
Con espada y broquel barcelonés  
Y de la cinta un gran puñal pendiente.  
Luego pasó con gravedad y peso  
Un mancebo galán de amor doliente,  
Criollo del Bayamo, que en la lista  
Se llamó y escribió Miguel Baptista.

Hernando con Antonio de Tamayo,  
Cada uno con su lanza y su cuchillo,  
Pasan galanes cual florido Mayo  
De rojo, verde, blanco y amarillo.  
Luego en otra hilera como un rayo,  
Con el color de pálido membrillo  
Pasó Miguel hasta la fin sujeto  
De Luis de Salas, Provisor discreto.

Pasó con galán brío denodado  
El bravo Juan Merchán dando mil saltos,  
Con un vestido todo ensangrentado  
De cañamazo fino de tres altos,  
Y armado con un herrón bien amolado  
Mostró al Pastor sus pensamientos altos:  
Y luego, con un gran templón que trujo,  
Pasó Gaspar el flaco de Araújo.

De Canarias Palacios y Medina  
Pasan armados de machete y dardo,  
Juan Gómez, natural, con punta fina,  
Y Rodrigo Martín, indio gallardo;  
Cuatro etíopes de color de endrina;  
Y por la retaguardia, aunque no tardo,  
Va Melchor Pérez con aguda punta  
Que con su amago hiere y descoyunta.

De esta manera el capitán valiente  
De sus pocos soldados hizo alarde;

Y aunque falto de armas y de gente  
Por verse en la ocasión suspira y arde;  
Porque según se dice comúnmente  
Si se pierde una vez se cobra tarde;  
Y es muy de cuerdo y de la edad madura  
No perder ocasión ni coyuntura.

Luego en un punto el escuadrón cristiano  
Pide la bendición al Pastor santo:  
El se la echa y besánle la mano  
No sin ternezas, lágrimas y llanto.  
Miden de Yara el espacioso llano  
Hasta llegar donde desean tanto,  
Y dieron vista a la famosa orilla  
Del puerto principal de Manzanilla.

Así como la playa divisaron  
Donde fue de Gilberto la ruina,  
Un negrito criollo despacharon  
Con tocinos y carne a la marina:  
Y luego con secreto se emboscaron  
Con la arboleda allí circunvecina,  
Donde el buen Ramo, puesto en cabecera,  
A hablarles comenzó de esta manera.

Amigos que con armas y aparato  
En aquesta ocasión venís conmigo,  
A vengar el agravio y desacato  
Que a nuestro Obispo hizo el enemigo  
Pues es notorio a todos su mal trato  
Digno de pena Y ejemplar castigo,  
Buen tiempo y ocasión es la de ahora;  
Que un buen morir cualquier afrenta dora.

"Estos herejes son los que al prelado  
Trataron de la suerte que habeis visto,  
Sin mirar que era Obispo consagrado  
Y vicario del mismo Jesucristo.  
El quiere paguen hoy su gran pecado  
Con ejemplar castigo nunca visto.  
¡Animo! ¡A la batalla. que ya es hora!  
Que un buen morir cualquier afrenta dora.

"Y pues Dios quiere que por nuestra mano  
Se castigue tan grande atrevimiento,

Démosle gracias, escuadrón cristiano,  
Que nos toma el Señor por instrumento.  
Conozca hoy el buen Altamirano  
De nuestros corazones el intento  
Con el herrón y punta vengadora:  
Que un buen morir cualquier afrenta dora.

"El ímpetu francés que habeis oido  
No es más de la primera arremetida;  
Y en oyendo de España el apellido  
Con tan sólo la voz va de vencida.  
Esta causa es de Dios: si El es servido  
Que le sacrifiquemos nuestra vida  
¿Qué mejor ocasión que la de ahora?  
Que un buen morir cualquier afrenta dora."

En este tiempo ya el negrillo había  
Dicho a los marineros en el puerto,  
Que no les podía dar lo que traía  
Si no saltaba en tierra Don Gilberto:  
Que así se lo mandó su Señoría.  
Sin haber tal les afirmó por cierto:  
Y que Puebla con él también saltara,  
Para que los tocinos le entregara.

Mas como el corazón, prenda preciada,  
Todas la veces o las más acierta,  
Causó en los marineros la embajada  
Una sospecha verdadera y cierta:  
Y temiendo algún trato y emboscada  
Volvieron a la nao, el alma muerta,  
Que la imaginación aun en discretos,  
Suele a veces causar varios efectos.

Dijéronle a Gilberto todo el caso:  
Pero como soberbio y arrogante,  
Hizo de todo ello poco caso  
Mostrando gran valor en el semblante:  
Y con las fuerzas de su diestro brazo  
Tira un batel y baja en un instante,  
Con veinte y seis infantes bien armados  
De los más atrevidos y estimados.

Saltan en tierra con gallardo brio,  
Pisan soberbios la menuda arena,  
Disparan balas por el aire frío,  
Cual si en su patria fuesen, no en la ajena.  
Puebla, que ve su mucho desvarío,



Que en tierra está con ellos no sin pena,  
Lo que ha de suceder imaginando,  
Por donde tiene de huir está mirando.

Mientras el enemigo en las orillas  
De aquella playa se gallardeaba,  
Nuestro escuadrón hincado de rodillas  
Con grande devoción orando estaba,  
Hasta que ya de las etéreas sillas  
El victorioso fin que se esperaba  
Salió en conformidad de su esperanza.  
¡Oh, cuánto la oración puede y alcanza!

En esto, cual leones tras de gamos,  
Salen los nuestros ya de la montaña;  
Y en delantera el buen Gregorio Ramos,  
Diciendo " ¡ Santiago, cierra España! "  
Y van cubiertos de los verdes ramos  
Con que la Dafne triste se acompaña  
Después que de certeza fue cubierta,  
Cual si tuviesen la victoria cierta.

No hubo Gilberto visto nuestra gente,  
Cuando cortado de un temor helado  
Quedó, cual suele un caso de repente  
Dejar a un hombre atónito y turbado:  
Pero volviendo en sí como valiente,  
El semblante encendido y colorado,  
Con la espada en la mano obraba cosas  
Tan llenas de valor como espantosas.

Acométense entrambos escuadrones  
Con tanta furia, ímpetu y braveza,  
Cual suelen los fortísimos leones  
Cuando se embisten por llevar la presa.  
Tienen nuestros isleños los herrones;,  
Muestra el francés su mucha fortaleza,  
Con tanto estruendo, grita y vocería  
Que pareció que el mundo se hundía

Andaba Miguel López de Herrera  
Con más furor que el iracundo Marte,  
Matando y deshaciendo de manera  
Qué sólo a él se rindió la mayor parte.  
Miguel Baptista andaba de carrera  
Mostrando su valor, esfuerzo y arte,  
Con Gonzalo de Lagos el valiente  
Honor y gloria de su ilustre gente.

Jácome Milanés menudas piezas  
De franceses va haciendo con su espada,  
Rompiendo brazos, piernas y cabezas  
Con que tiene la playa ensangrentada.  
No mostró menos brio y fortaleza  
Medina con su punta acicalada:  
Y el buen Merchán, con su herrón fornido,  
Vuelve a teñir de nuevo su vestido.

Mostró su gran valor Martín García  
Con su escogido chuzo y barba cana,  
Lo mismo hizo allí Gaspar Mejía,  
Y el buen Diego y Francisco Lorenzana.  
Dio Melchor Pérez de su gran valía  
A todo el inundo muestra soberana;  
Y hundiendo con sus golpes mar y tierra  
Se señalaron Reyes y Juan Guerra.

Bartolomé Rodríguez como rayo,  
Mata, hiere, destroza y atropella;  
Y el Hernando y Antonio de Tamayo  
Muestran su gran valor y buena estrella;  
Y como del acero al duro ensayo  
Aborta el pedernal una centella,  
Salió el bravo Palacios como un trueno,  
De sangre de franceses todo lleno.

Dos Gaspares Rodríguez y Araujo,  
Y otro del mismo nombre Lorenzana,  
A su obediencia cada cual condujo  
Gran parte de la gente luterana.  
Juan Gómez con los indios que allí trujo  
Su valor demostraba esa mañana;  
Y los cuatro etíopes esforzados  
Hicieron el deber como soldados.

Miguel del Provisor no está parado,  
Que con su punta valerosamente  
Tiene todo aquel suelo ensangrentado  
De sangre aleve de francesa gente.  
¡Oh, Luis de Salas, Provisor honrado!  
Benévolo, cortés, sabio y prudente!  
Que hasta tus esclavos en la tierra  
Sirven a Dios y al Rey en paz y en guerra.

Viendo ya de la nao la batería,  
Y de su gente el daño manifiesto,  
Dieron en disparar la artillería;

Mas fue sin fundamento todo esto:  
Porque nuestro escuadrón con bizarría  
Apretando los puños echó el resto,  
Dando de su valor pruebas tan altas  
Que quererlas pintar será con faltas.

Los franceses, no menos animosos,  
Conservan el valor y valentía  
De aquellos doce Pares tan famosos  
Que tanto eternizaron su valía:  
Rompen, golpean y hieren muy furiosos,  
Con tan grande valor y tal porfía,  
Que estuvo la victoria conocida  
En mucha duda, y casi ya perdida.

También el valeroso Don Gilberto  
Muestra su gran valor y fortaleza,  
Y como capitán sabio y experto  
Acude a donde ve mayor flaqueza;  
Y viendo su escuadrón ya sin concierto,  
Y que va desmayando a toda prisa,  
Así por animarlos los regala,  
Que la necesidad todo lo iguala.

"Caros amigos, dulces compañeros,  
De lo mejor de Francia procedidos,  
Acordaos que Reinaldo y Oliveros  
Primero fueron muertos que vencidos.  
Mostrad como valientes caballeros  
El gran valor que os hace conocidos,  
Haciendo en esta gente cruel matanza,  
Que con la vida al fin todo se alcanza.

"Estos que veis cargados de herrones,  
Con el vestido todo ensangrentado,  
No es de matar a tigres y leones,  
Que no los hay aquí ni lo han usado:  
Ni son de aquellos fuertes campeones  
Que ocupan de Belona el diestro lado,  
Mueran a fuego y sangre sin tardanza,  
Que con la vida al fin todo se alcanza.

"Acordaos de la patria deseada,  
Y de vuestros amigos y parientes,  
Y de la dulce vida regalada

Que en ella pasan hoy todas las gentes:  
Si a vida tan suave y regalada

Quereis volver, obrad como valientes,  
Sin que perdais un punto la esperanza,  
Que con la vida al fin todo se alcanza.

"Si salis con victoria de este hecho  
Hareis eterno vuestro nombre y fama;  
Y demás de la honra y el provecho  
Con que os convida la ocasión y os llama,  
De vuestro ilustre y generoso pecho  
Se verá el resplandor y clara llama,  
Usando del valor contra la lanza,  
Que con la vida al fin todo se alcanza."

De esta manera triste y afligido  
Animaba Gilberto a sus soldados,  
Que quien en un trabajo está metido  
Tienta para salir todos los vados,  
Y con igual furor nunca vencido,  
De que son los franceses alabados,  
Hicieron mil hazañas de memoria,  
Dignas de eterno nombre, fama y gloria.

Andaba entre los nuestros diligente  
Un etíope digno de alabanza,  
Llamado Salvador, negro valiente,  
De los que tiene Yara en su labranza,  
Hijo de Golomón, viejo prudente:  
El cual, armado de machete y lanza,  
Cuando vido a Gilberto andar brioso,  
Arremete contra él cual león furioso.

Don Gilberto que vido al etíope,  
Se puso luego a punto de batalla,  
Y se encontraron; mas quedó del golpe  
Desnudo el negro, y el francés con malla.....  
¡Oh tú, divina musa Caliope,  
Permite, y tú bella ninfa Aglaya,  
Que pueda dibujar la pluma mia  
De este negro el valor y valentía!

Andaba Don Gilberto ya cansado,  
Y ofendido de un negro con vergüenza;  
Que las más veces vemos que un pecado  
Al hombre trae a lo que nunca piensa:  
Y viéndole el buen negro desmayado,  
Sin que perdiese punto en su defensa,  
Hizóse afuera y le apuntó derecho,  
Metiéndole la lanza por el pecho.

Mas no la hubo sacado, cuando al punto  
El alma se salió por esta herida.,  
Dejando el cuerpo pálido y difunto,  
Pagando las maldades que hizo en vida.  
Luego uno de los nuestros que allí junto  
Estaba con la mano prevenida,  
Le corta la cabeza, y con tal gloria  
A voces aclamaron la victoria.

¡Oh, Salvador criollo, negro honrado!  
¡Vuele tu fama, y nunca se consuma;  
Que en la alabanza de tan buen soldado  
Es bien que no se cansen lengua y pluma!  
Y no porque te doy este dictado,  
Ningún mordaz entienda ni presuma  
Que es afición que tengo en lo que escribo  
A un negro esclavo, y sin razón cautivo.

Y tú, claro Bayamo peregrino,  
Ostenta ese blasón que te engrandece;  
Y a este etíope, de memoria dino,  
Dale la libertad pues la merece.  
De las arenas de tu río divino  
El pálido metal que te enriquece  
Saca, y ahorra antes que el vulgo hable,  
A Salvador el negro memorable.

Huye el francés aprisa a la marina,  
y dentro del mar se arroja y abandona;  
Pero aun ahí los halla Más aína  
La muerte que a ninguno lo perdona:  
Van en su alcance Reyes y Medina  
Y los demás sin exceptuar persona,  
Y en el agua les dan la muerte a nado,  
Que se puede decir "maté ahogado".

Parten en un batel por el mar largo  
Cuatro franceses con ligera priesa,  
Que de la muerte fiera el trago amargo  
Al más valiente quita la braveza:  
Pero Miguel Baptista como un pargo  
A nado se arrojó tras de la presa,  
Y detuvo el batel en la bahía  
Con muy grande valor y valentía.

Salen en su socorro a vuelo y nado  
Merchán y Melchor Pérez el brioso,  
Y Manso el negro, pero buen soldado,

Con su hermano que es valiente mozo:  
Llegan a donde estaba aquel pescado,  
Y cada cual soberbio y animoso  
Tirando muchos tajos y reveses,  
Rindieron el batel con los franceses.

En esto un español que por su suerte  
Viene por tango?mango del navío  
Se echa a nado huyendo de la muerte,  
Que el miedo sólo para huir da brío.  
Mas Pedro de Vergara, varón fuerte,  
Que vio del español el desvarío,  
Tras él se arroja al agua, y alcanzolo,  
Y a cuchilladas lo rindió, y matólo.

Escapáronse cuatro renegados  
Que mal heridos por el mar huyeron;  
Los cuales a su nao ya llegados  
Las tristes nuevas de su suerte dieron.  
Aquí murieron todos los soldados  
Que en la prisión del buen Obispo fueron,  
Que así castiga Dios los atrevidos  
Que ponen mano o lengua en sus ungidos.

Un indio de los nuestros solamente  
Murió de una herida penetrante,  
Sin que hubiese más daño en nuestra gente  
En victoria tan grande e importante.  
Luego nuestro escuadrón viendo presente  
A su buen Ramos, con su amor constante,  
En hombros de dos indios le levantan,  
Y a grandes voces la victoria cantan.

..... .

..... 1 .

Sale de sus cavernas, de ovas lleno  
El venerable aspecto, entre pescados,  
El ansioso Bayamo, y el ameno  
Margen admira lleno de soldados:  
Mira del sucesor del Nazareno  
El rostro grave y ojos recatados;  
Y alegre de lo ver en su ribera,  
A hablarle comenzó de esta manera.

"Pastor ilustre, de este suelo amparo,  
A quien el cielo estima, precia, honora,  
Cuyo cristiano pecho y valor raro  
Al mismo Dios agrada y enamora,

Bienvenido seais al nido caro,  
Cual vino al Arca el ave triunfadora;  
Pues en vos resplandece con llaneza  
Sinceridad, quietud, amor, nobleza.

"Hasta en mis venas y cavernas frías  
De vuestras gracias se sintió el ausencia;  
Secáronse las fuentes más sombrías;  
Los ojos dieron al llorar licencia,  
Volviéndose en dolor las alegrías.  
Mas ya, noble Pastor, vuestra presencia  
Nos muestra, desterrando la tristeza,  
Sinceridad, quietud, amor, nobleza.

"Ahora brotarán todas las flores  
Con que se matizaban mis orillas;  
Cantarán sin dolor los ruiseñores,  
Jilgueros, pentasilbos y abobillas:  
Abundarán los frutos en mejores,  
Alegraránse todas estas villas,  
Y en vos verán con santidad y alteza.  
Sinceridad, quietud, amor, nobleza.

"Como suele después de la tormenta  
Venir con alegría la bonanza,  
Y la gente de triste y descontenta  
Volver su desconsuelo en confianza,  
Así fue para todos vuestra afrenta,  
Que se volvió en contento y esperanza  
Viendoos en libertad y en vos expresa  
Sinceridad, quietud, amor, nobleza."

No dijo más; y al punto con ruido  
Se sumergio en las aguas cristalinas,  
Dejando al buen Obispo suspendido  
De su extrañeza y partes peregrinas.  
Nuestro fuerte escuadrón que notó y vido  
Del anciano Bayamo las divinas  
Razones, rostro, y talle de contento,  
Entran cruzando el líquido elemento.

Hacen guirnaldas de sus varias flores  
Blancas, azules, rojas y moradas;  
Y como valerosos vencedores  
Ciñen sus sienes, con razón honradas.  
En esto ya el Cabildo y Regidores,  
Con las demás personas señaladas,  
Los frailes todos y la clerecía,

Los salió a recibir con alegría

Encuétranse con ellos en Managua,  
Ameno sitio, rico de labranzas,  
Donde al corto camino ponen tregua  
Mientras duran abrazos y alabanzas.  
Luego caminan la pequeña legua  
Con músicos a coros y mudanzas,  
Hasta que todos vieron del Bayamo  
El ameno lugar que tanto amo.  
Iba delante el capitán experto,  
Representando un Marte fiero, airado;  
Llevando la cabeza de Gilberto  
Un paje en un puñal ensangrentado;  
Y luego en sus hileras en concierto  
El valeroso ejércitopreciado;  
Y por la retaguardia las coronas  
Del sacro Obispo y las demás personas.

Con esta majestad y este aparato  
Entró Gregorio Ramos en la villa,  
Dando al lugar un súbito rebato  
De contento, placer y maravilla:  
Y por ser al Señor en todo grato  
Fue al templo de la Virgen sin mancilla,  
Y dio las gracias a la Madre e Hijo  
De la nueva victoria y regocijo.

Estaba apercebido ya en la iglesia  
Blás López, sacristán de aquella villa,  
A quien todo el Bayamo estima y precia  
Como a Guerrero la sin par Sevilla;  
Y con la dulce voz de que se precia,  
Con los cantores de su gran capilla,  
A este motete dio principio y gracia.  
Cual el famoso músico de Tracia.